



El Kavanagh desde la plaza San Martín.

*Renaceré, renaceré, renaceré,
y una gran voz extraterrestre me dará la fuerza antigua
y dolorosa de la fe para volver, para creer, para luchar.*

“Preludio para el año 3001”
(Horacio Ferrer / Astor Piazzolla, 1974)

Nunca pensé que iba a alcanzar la cima del Kavanagh gracias a un plato volador. Pero no había otro remedio: si es difícil entrar, llegar a la terraza cuesta mucho más. Lo intenté por primera vez en invierno de 2007. Miré hacia a la cúspide desde la vereda de enfrente, sobre las barrancas de Plaza San Martín, y me transporté a los años cincuenta, cuando el Kavanagh todavía era la torre de hormigón más alta del mundo. Entonces reconstruí imaginariamente aquel 6 de septiembre de 1954, cuando nueve argentinos y dos brasileños ascendieron hasta la azotea del edificio para ver pasar una nave extraterrestre. No es que la esperaran porque se creyeran muy afortunados: el encuentro había sido pactado. Un médium porteño, en 1952, había recibido la primicia directamente desde Ganímedes, el mayor satélite de Júpiter y el más grande del Sistema Solar. Volví a mirar el cielo y pensé en cuán distinto debió ser creer en ovnis hace medio siglo, antes de consolidarse en la cultura occidental.

Luego de aquel ritual lejanamente místico, caminé hasta Florida 1065, atravesé el solemne lujo del hall y dos hombres flacos pero persuasivos me cortaron el paso. Pregunté si se podía subir. "No, a la terraza no sube nadie ajeno al edificio", me atajó uno de los perros guardianes del rascacielos.

El gigante de concreto, monumento histórico nacional desde 1999, era un bunker impenetrable. En otros tiempos, la azotea del Kavanagh supo ser trampolín para suicidas con ansias de celebridad social. Tras los atentados en la Embajada de Israel en marzo de 1992, y en la sede de la AMIA, en julio de 1994, el consejo de administración del edificio extremó las medidas de seguridad y decidió que los pisos ocupados por vecinos odiosos podían tentar al demonio. "Pueden palparme de armas -me rendí ante los guardias-. Todo lo que traigo es un viejo libro de ovnis". Lo saqué del bolso.

- *Los Platos Voladores. Origen, Estructura y Destino de los Platos Voladores*, es el título (1). La primera edición salió en 1952. Ese año, dice el libro, una telépatha de Ganimedes anunció a través de un médium que en dos años iba a aparecer una de sus naves para avalar el contacto. Eso no es todo: ¡Los autores también dijeron haber visto al plato desde el Kavanagh!

Al parecer, mi entusiasmo fue un poco sobreactuado: no los convencí. Los porteros del edificio hojearon con incredulidad las macilentas páginas del libro, firmado por los hermanos Jorge y Napy Duclout. Los autores fueron dos personajes cautivantes, prestigiosos en los ambientes culturales de la época. Ni siquiera en la cumbre de su breve fama dieron entrevistas. Estaban lejos de ser charlatanes buscando llamar la atención. La primera edición del libro, impresa el 29 de diciembre de 1952, es un ping-pong de preguntas-respuestas entre el médium, que canalizaba "el espíritu desencarnado de un ingeniero de talento", y los participantes de aquellos encuentros. El "intermediario" en esas sesiones espiritistas era una enigmática



Jorge Duclout, precursor de la divulgación científica en la Argentina, también fue el primer contactado del país sudamericano. Su fuente era un espíritu relacionado con seres de Ganimedes, la luna de Júpiter.

entidad que presumía de sus amistades interplanetarias. Su nombre se desconocía; es decir, en el libro no se dice una palabra sobre quién había sido “el Ingeniero” durante su encarnación en la Tierra. En la tercera y última edición, publicada el 26 de enero de 1956, el subtítulo resume:

Transcripción de las grabaciones sobre alambre registradas durante experimentaciones psíquicas, en las que se concertó una cita con un plato volador, la cual fue cumplida en la fecha preestablecida.

Todos los interesados –espiritistas, curiosos, periodistas y acaso el comandante del plato– se encontraron en el piso 31 del Kavanagh y alrededores la noche del 6 de septiembre de 1954. “Imposible, imposible. No insista: subir es imposible”, cerraron filas los custodios del Kavanagh. Si algún vecino poderoso –José Alfredo Martínez de Hoz, ministro de Economía de la dictadura militar de 1976, por ejemplo– guardaba humanoides en el freezer, seguro que el secreto estaría a buen recaudo.

Salí del edificio masticando la decepción. Pero no estaba mal seguir soñando con adoptar el punto de vista de los protagonistas y mirar la ciudad desde arriba. Arquitectos, urbanistas y funcionarios a quienes les pregunté si sería posible subir se rieron de mí con crueldad. Hasta que le pude contar la increíble historia de los hermanos Duclout a uno de los residentes vip del edificio. Carlos Maslatón, economista y ex legislador de la ciudad de Buenos Aires, fue mi generoso anfitrión. Invitó a varios amigos. Cuando estuvimos todos, nos condujo hasta la terraza. Ahí mismo –les conté– un grupo de porteños y periodistas de la revista brasileña *O Cruzeiro* participaron de una histórica cita programada entre el comandante de un plato volador y el primer grupo argentino de aspirantes al contacto extraterrestre. Habían pasado cincuenta y tres años de aquel acontecimiento.

EL INGENIERO

Los hermanos Duclout se iniciaron en el espiritismo en 1932. Un médium que encarnaba el espíritu de un tal “Don Juan” asesoraba a un pequeño grupo de experimentadores psíquicos sobre sus avatares cotidianos, incluyendo asuntos de negocios. En 1935, el mismo médium comenzó a incorporar a una entidad que se hacía llamar “el Ingeniero”. El misterioso interlocutor empezó a incursionar en temas de avanzada. Vislumbró, por ejemplo, el surgimiento de la Spirotrónica, “una nueva ciencia que permitirá las comunicaciones a velocidad instantánea, la adivinación del pensamiento y el traslado del espíritu de un cuerpo a otro, en forma instantánea, por medio de aparatos físicos palpables....”, tecnología que –además– iba a ser enviada a otros planetas “para originar otras civilizaciones”. Un buen día, el Ingeniero anunció que iba a seguir aportando detalles sobre el tema. Pero la reunión nunca se concretó, el grupo se disgregó y la Spirotrónica siguió siendo un misterio.

Entre julio y septiembre de 1952, parte del grupo reanudó sus experimentos espiritistas con otro integrante que también aseguró poseer el don de la mediumnidad. Un tal “Alberto” era el canalizador, como se les llama ahora a los médiums, pero en



- Alejandro C. Agostinelli en el Kavanagh.



- *Los Platos Voladores. Origen, Estructura y Destino de los Platos Voladores* la obra de Jorge Duclout y su hermano.



Agapito Millán, otro contactado entre el espiritismo y la ufología. (Archivo Juan Manuel Corbetta).



IMAGENES

todo el libro no aparecen indicios de su identidad. Con “Alberto” como *canal*, retomaron el diálogo con Don Juan. Pero también recordaron la charla pendiente con el “Ingeniero” —el espíritu que les había prometido revelaciones sobre la vida en otros mundos—, y decidieron volver a convocarlo para preguntarle por los platos voladores, “pues si bien en la Argentina no se hablaba casi de ellos, nos tenían intrigados los relatos que a diario encontrábamos en revistas extranjeras y nos parecían pura fantasía”.

Acudieron a esas sesiones, celebradas “en algún lugar de Buenos Aires”, con un grabador de audio que funcionaba con bobinas de alambre fonográfico para registrar las interacciones entre el mundo real y el espiritual, y así tratar de comprobar que “no se trataba de un caso de ‘sugestión colectiva’, como nos quería hacer creer un psiquiatra”. La metodología era la siguiente: “Alberto” se recostaba en la oscuridad y a su alrededor, los experimentadores “concentraban toda su voluntad para no pensar en nada”. Llamaban al espíritu en voz baja y luego de “una fuerte inspiración del médium”, le preguntaban su nombre. La voz ya no era la voz del médium. “(Ésta) casi siempre denota inflexiones, acentos, tonadas, modismos muy propios para un determinado espíritu, pero siempre desligados de los habituales del médium”, explican en su libro los Duclout.

La primera sesión fue el 9 de julio de 1952, a las 23 horas. Alberto, mejor dicho, el



Jorge Duclout en trance. El 9 de octubre de 1954, la revista *O Cruzeiro* publicó una amplia cobertura del avistamiento anunciado por los hermanos Duclout. Jorge —reveló— era el médium del primer grupo contactista argentino. (Cortesía Rodolpho Gautier).

espíritu que hablaba a través de él, comenzó por explicar que los platos voladores alcanzan velocidades de ciento seis mil km./h., logrando suprimir la fuerza de gravedad terrestre gracias a campos electromagnéticos. Así, recorren la distancia que separa Júpiter de la Tierra en un santiamén: nunca le ponen menos de un año. El día que el espíritu del Ingeniero reveló a los Duclout que los platos voladores vienen de Ganímedes, les encargó escribir un libro donde contar todas estas experiencias. Para darles coraje, les habló de la obra más conocida del escritor irlandés Jonathan Swift (1667-1745). En *Los viajes de Gulliver* (1726), Swift describió con precisión los dos satélites de Marte... cientocincuenta años antes de su descubrimiento. En sus páginas –confió el espíritu– había claves que se iban a decodificar en el futuro: el escritor “era médium sin saberlo”. Los científicos hoy consideran la predicción de Swift un caso de *serendipia* (chiripa, carambola...). Para el Ingeniero, esas historias eran el modelo a seguir. “Si ponemos (los datos del libro) como información científica... ¡cataplum!... se nos vienen encima los grandes telescopios y nos aplastan. Entonces, conformémonos con ponerlo como novela, para que dentro de trescientos, cuatrocientos o quinientos años pase como con el cuento de Gulliver...” No le hicieron caso. En *Los Platos Voladores*, los Duclout no presentan la historia como una novela sino como hechos duros.

Alberto, el anónimo canal humano del Ingeniero sideral, reveló secretos de Ganímedes que impresionaron al grupo. Contó, por ejemplo, que los ganimedianos tienen treinta centímetros de estatura, un cerebro voluminoso y gran capacidad intelectual. Se alimentan a base de bacterias cultivadas a gran escala, viven un promedio de doscientos años (de los nuestros) y ven en infrarrojo: “El mundo es para ellos más transparente que para ustedes”. En Ganímedes “la vida es más vertical que horizontal”: viven en ciudades subterráneas que alcanzan hasta treinta kilómetros de profundidad. No conocen las guerras, pero el satélite está superpoblado: ascienden –atención, son datos de 1952– a dos billones de habitantes. Tienen un gobierno único administrado por doce presidentes que se reeligen cada doce años y existen enormes comedores populares que “se abastecen directamente con canillas”. Buscan yacimientos de uranio en Marte y la Luna para utilizarlo en sus usinas eléctricas, el principal transporte público son ascensores verticales donde caben mil pasajeros por vagón y el cine y la televisión son “en relieve”. Las bajas temperaturas reinantes en el satélite no inspiraron a los ganimedianos lo suficiente como para que inventaran deportes invernales originales: en los casquetes polares organizan torneos de trineo, de ski y... ¡juegan a tirarse bolas de nieve!

PASAJERA EN TRANCE

Siete largas charlas mantuvo el Ingeniero con los miembros de la cofradía. Los diálogos que se transcriben en *Origen, estructura y destino de los Platos Voladores* se registraron en nueve bobinas de alambre de treinta minutos a una hora de duración cada una. “Es el único vestigio material –escriben los Duclout– de este fantástico experimento”. Hoy, el destino de estos registros es incierto. Si se extraviaron pudo ser por exceso de celo: el grupo vivió ingratos raptos de paranoia. En la tercera

reunión, el Ingeniero advirtió: "Corren peligro de que se les destruya la documentación (...) Pueden ocurrir accidentes. Una llama puede destruir esto sin saber cómo. Hay que guardar los rollos en una parte y los papeles (las transcripciones en borrador) en otra."

Luis: Es lo que hacemos.

Ing. Sí, y deben cuidar que... por "a" o por "b" no se desmanten los rollos.

Luis: De ahora en adelante voy a hacer dos copias y las guardamos por separado.

Ing.: Sí, sí. Los rollos siempre transcribanlos lo antes posible. Porque hay interés en que desaparezcan esas cosas.

Luis: ¿De Ganimedes?

Ing.: ¿Seguimos...?

Luis: ¿DE GANÍMEDES? –insistió, más enérgico.

Ing.: ¿SEGUIMOS? –contestó firme, como para nadie osara tocar el tema otra vez.

Aquellas advertencias sobre un peligro sin nombre transmitían una fuerte sensación de desamparo. Pero el grupo nunca se desanimó. En el sexto encuentro, Alberto logró una hazaña que asombró a sus seguidores: *canalizar* a una médium que tripulaba un "transatlántico interplanetario". Metido en el cuerpo de la pasajera ganimediana, el Ingeniero se acercó hasta la cabina del piloto. Algo molesto, el comandante le pidió que se apartara: estaba ocupado levantando un mapa tridimensional de las regiones de la Tierra "donde se construyen laboratorios de uranio y hubo explosiones de bombas atómicas".

Algunas revelaciones estaban a tono con las preocupaciones de la época: la posibilidad de una guerra nuclear era un temor compartido entre los habitantes de la Tierra, Ganimedes y el mundo de los espíritus.

El 6 de septiembre de 1952 tuvo lugar la séptima y última sesión. Ese día, el Ingeniero protestó: nunca faltaban preguntas poco oportunas que lo desconcentraban. Con todo, el parlanchín espíritu del Ingeniero enfrentó otra inquietud del grupo: "¿Qué hacer para que la gente crea en el libro?" Una prueba rotunda sería que los extraterrestres aparecieran. Esperaron antes de plantear la idea: el desafío lo podía perturbar. Cabe anotar que el médium, cuando estaba "consciente", participaba de las discusiones. Pero el séquito separaba bien al Ingeniero de Alberto, a quien veían caer en un trance profundo y luego afirmaba no recordar nada. Pero el Ingeniero demostró estar enterado de todo. "Evidentemente, ha captado la idea de nuestros subconscientes", concluían. Entonces, le propusieron que se apoderara de la mente del piloto de la nave para desviarlo de su ruta y convencerlo de que sobrevolará la ciudad. Antes, llevarían a un diario importante la fecha de "la cita con el plato" en un sobre lacrado.

Decidieron volver a *enviar* al Ingeniero al cuerpo de la médium de Ganimedes. Se acercó al comandante y transmitió el pedido del Ingeniero. "Con mucho gusto, dentro de dos años a la misma hora de hoy pasará un plato sobre Buenos Aires", se pro-

Europa

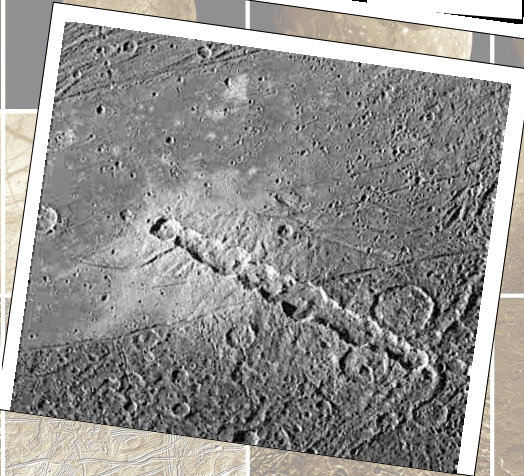
Ganymede

Callisto



La imagen del satélite de Júpiter Ganímedes, surcado de cráteres y apariencia desolada.

Cadena de cráteres en la superficie de Ganímedes.



IMAGENES

nunció. Eran las 22.30 del 6 de septiembre de 1952. "Pueden esperarlo, cumplirá con su palabra". Pero eso no era todo. Faltaba que el Ingeniero lanzara una última profecía.

"Mil novecientos sesenta y siete. La Tierra convulsionada por ataques, contraataques, guerra de nervios. Se defiende La Libertad de la Esclavitud.

"El Norte de América, en parte atacado, con ciertas heridas, lucha heroicamente, apoyado por otras naciones libres que quieren salvarse de la barbarie.

"Los grandes refugios subterráneos, repletos de niños y mujeres que rezan. Los trenes paralizados en las estaciones; nadie viaja. Todo el mundo espera el horror..."

Pero algo inesperado estaba por suceder. La flota enemiga, que avanzaba por aire y agua, se desmorona. Los barcos se hunden y los aviones son derribados por una descarga de nubes de hielo molido que se precipita sobre sus alas. Los invasores que venían del sud tampoco llegan: "Un calor inexplicable ha cortado los ejes de sus hélices... ¿Qué pasa? ¡Ganímedes ayuda a la Tierra!".

Ese era el punto final del epílogo del libro firmado por los hermanos Jorge y Napy Duclout, reeditado en 1954 y 1956 bajo el título *Los Platos Voladores - Único Documento Confirmado sobre el Origen, Estructura y Destino de los Platos Voladores*.

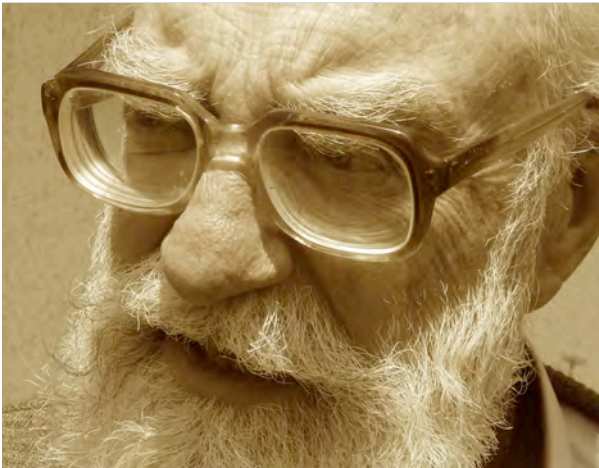
HERMANOS DEL ESPACIO

¿Quiénes fueron los autores de aquel libro, fundacional en la historia del platilismo argentino? Los Duclout no escribieron sobre sus propias vidas, se fueron de este mundo jóvenes y no tuvieron descendencia. Sobrevivieron sus obras y un sobrino, Pablo Kittl Duclout, hijo de Georgina Duclout, profesora de Química y poetisa. Hoy, Pablo es Profesor Titular de la Universidad de Chile, en la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, Departamento de Ingeniería Mecánica. Es heredero de la tradición científica que iniciaron su abuelo materno, el ingeniero Jorge Duclout (1856-1929), y el materno, el paleontólogo Ernest Kittl (1954-1913). Pablo adoraba a sus tíos. Y evoca sus vidas con una fascinante mezcla de melancolía y precisión.

Por correo postal –Pablo se resiste a Internet– comenzamos a intercambiar y entretrejer datos para reconstruir sus biografías (2). A fines de 2007, el periodista Diego Zúñiga me acompañó a visitarlo a su casa al pie de la cordillera de los Andes, al sur de Santiago. En un sillón del living rodeado por cuatro gatos, tratados académicos y retratos de familia, Kittl nos recordó la apasionante historia de Jorge y Napy. Kittl dice que el padre de los Duclout ejerció una poderosa influencia en la vida de sus hijos. El ingeniero Jorge Duclout nació en Alsacia, fue Profesor de Teoría de la Elasticidad en la Universidad de Buenos Aires (UBA) desde 1886 hasta 1923 y escribió sesenta trabajos sobre Matemáticas y otras disciplinas científicas. Hablaba fluidamente tres idiomas –inglés, francés y alemán– y manejaba otras siete lenguas, entre ellas latín, árabe, japonés y guaraní. Se casó con Valentina Brun (1880-1971),

hija del francés Jean Brun, creador de la tienda *A la ciudad de Londres* en 1872. De carácter fuerte y educada en un catolicismo estricto, quizás fue Valentina quien sembró el interés de sus hijos varones por las ciencias ocultas. Pablo recuerda que, cuando él tenía diez años, su abuela le enseñó a tirar el Tarot con barajas españolas:

– Ella no repetía exactamente lo que decían las cartas. Si aparecía “muerte”, ella decía “enfermedad grave”. Suavizaba las cosas. A veces inventaba cosas para alegrar a la gente. No era



“Los grandes refugios subterráneos, repletos de niños y mujeres que rezan”. ...

Pablo Kittl Duclout, importante científico argentino radicado en Chile y sobrino de Jorge y Napy y memoria viva de sus tíos contactados: “Jorge decía comunicarse con el espíritu de mi abuelo”.

profesional, sólo practicaba con amigos.

Cuando le pregunto cuánto se interesó su abuela por el espiritismo, Kittl se levanta del sillón.

De su milagrosa biblioteca –sobrevivió un incendio– trae un ejemplar polvoriento. Es la tercera edición de *Historie des Sciences Occultes. Depuis l'Antiquité Jusqu'à Nos Jours* (París, 1883). En el anteúltimo capítulo, su autor –Auguste Debay– aconseja cómo diferenciar a los médiums sinceros de los mentirosos. “Este libro fue de ella. Se lo dio un personaje que conoció en Punta del Este. En la solapa todavía está la tarjeta. “Alberto de Sarak. Conde de Dás. Doctor en Medicina. Fundador de la Clínica

Hipnoterápica de Montevideo. Delegado General del Gran Centro Esotérico del Tibet”.

El abuelo Duclout fue pionero en varios campos. Introdujo en la Argentina muchas teorías modernas en Mecánica, Electromagnetismo y Geometría no Euclidiana, trajo las primeras noticias de la telegrafía inalámbrica y fue uno de los iniciadores de la aviación: en 1912 cofundó el Aeroclub Argentino y dio clases en la Escuela de Aviación (3). En 1925 recibió a Albert Einstein (1879-1955) en su casa cuando el genial físico visitó Buenos Aires. “Mi abuelo estaba enfermo y a lo mejor alguien de la UBA le llevó a Einstein porque era uno de los pocos que sabía alemán y relatividad al mismo tiempo”, conjetura Kittl.

Jorge, Napy y Georgina fueron educados por institutrices alemanas e inglesas en un clima de amplia libertad intelectual. Dice Kittl: “No conocí a mi abuelo, pero ahí estaba su biblioteca... En nuestra casa estaba como el espíritu suyo. Saber Física y Matemáticas era casi obligatorio...”. Don Duclout instruyó a su prole en disciplinas técnicas. Aprendieron rápido: hacia 1918, sus hijos operaban un radiotransmisor de onda corta, con el que unieron por primera vez Uruguay y Buenos Aires.

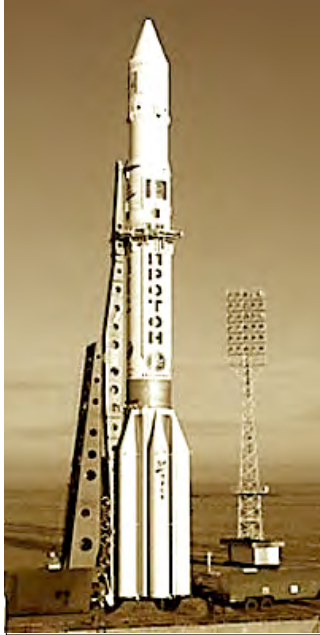
Escritor, inventor y editor, Jorge Alberto (1903-1959) era el “sabelotodo” de los tres hermanos. En un tiempo en que estaba todo por hacerse, acaparó infinidad de ramas del saber: electrónica, mecánica, óptica, química... Además, le fascinaba experimentar con radiestesia. “Mi tío –continúa– combinaba la supuesta captación de la energía de la varita sobre la persona y la homeopatía. No cobraba, pero tampoco tuvo éxito.” Al contrario, fue un campeón para lanzar aventuras industriales. Pero si a sus empresas les iba bien, se aburría y las vendía. “En 1938 vendió todo para hacer un viaje a París. Prefería viajar solo. Era muy mujeriego”, sonríe. Jorge fue precursor de los estudios sobre radiotelefonía en el país. En 1927 fundó la Sociedad ABC, segunda concesionaria de Radio Mitre, fue director técnico de la Compañía Radio Telefónica Argentina y director de la fábrica de herrajes GYR. Como si esto fuera poco, descolló como escriba: fue uno de los primeros periodistas especializados en ciencia y tecnología del país. Redactor de *Radio Revista*, orientada al mundo de los radioaficionados, Jorge dirigió *Ciencia Popular* entre 1928 y 1933, considerada la mejor revista de divulgación de la época. Allí especulaba sobre viajes interplanetarios, autos-cohete y vida artificial (4). Escribió y editó la gigantesca *Enciclopedia Ideas Prácticas* y el primer libro argentino sobre televisión, *Manual de Televisión* (1931). Tampoco le esquivó al cine: estuvo al frente de los estudios cinematográficos Rayton hasta 1938, dirigió *Noches de carnaval* (1938) y participó como fotógrafo de los rodajes *El pecado más lindo del mundo* (1953), *Al sur del paralelo 42* (1955) y *Prohibido para menores* (1956).

Napoleón Luis Duclout (1909-1962) fue escritor, pero también locutor, guionista y director de cine. Con el seudónimo “Don Napy” dirigió *Los Pérez García* (1950), *Captura recomendada* (1950), *Camino al crimen* (1951) y *Mala gente* (1952). Filmó la primera película tridimensional argentina, *Buenos Aires en relieve*, un documental que muestra los escenarios emblemáticos de la ciudad. “En casa –cuenta Kittl– se hicieron los anteojos, polarizados en dos direcciones. El film tuvo poco éxito. Duraba veinte minutos y lo financió él mismo”. Estrenado en 1954, el espíritu con el que se habían contactado alentó a Napy a terminar el film. Consideremos que los espec-

táculos audiovisuales en Ganimedes eran proyecciones tridimensionales.

Tras la huella de su padre, los Duclout fueron entusiastas impulsores de la radio-telefonía y la aeronáutica. En 1930, *Ciencia Popular*, la revista dirigida por Jorge, convocó a fundar el Club de Planeadores Albatros, que existe hasta hoy. Jorge instaló las primeras líneas telegráficas entre la Argentina y Bolivia, en cuyas alturas contrajo un aneurisma. Jorge y Napy experimentaban con diodos y ondas radiales hasta altas horas de la madrugada. Su avidez intelectual les costó la vida. “En las noches frías, como era un lugar calentito, llegaron a dormir al lado de grandes lámparas, ignorando que eran bañados por los rayos X. Por eso no tuvieron hijos”, revela Kittl.

La exposición de ambos a la radiación fue mortal. Jorge tuvo un derrame cerebral a causa de la presión alta y la fragilidad de sus arterias; Napy sufrió un cáncer generalizado al intestino. Tuvieron vidas intensas pero efímeras: Jorge murió a los 56 años; Napy, a los 53. No vivieron lo suficiente para comprobar la profecía apocalíptica



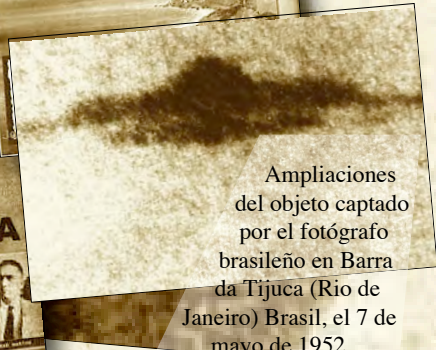
El Kavanagh es como un viejo cohete ruso a punto de despegar de Baikonur.

de 1967. Sin embargo, tuvieron motivos para festejar: en las dos últimas ediciones de *Los Platos Voladores* (1954 y 1956) celebraron el éxito del avistamiento anticipado en la primera (1952) e incluyeron un apéndice titulado “Confirmación” con la cobertura de la prensa, testimonios y el retrato de los testigos principales. “El comandante –escribieron– había cumplido su palabra”.

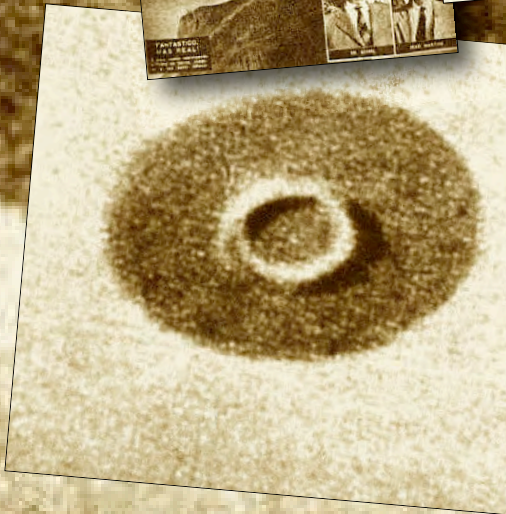
LA MARGARITA DE LA DUDA

El Kavanagh es como un viejo cohete ruso a punto de despegar de Baikonur. Pero al ascender los ciento veinte metros que separan la plataforma de lanzamiento

IMAGENS



Reportaje publicado por *O Cruzeiro* y la revista *Radar* en Francia.



de la ojiva –donde se erigen mástil, pararrayos y antenas de televisión–, uno descubre que la azotea no es nada del otro mundo. Es un mirador de ochenta metros cuadrados que rodea la cúspide. Aún así, la ascensión tiene su mística. Hay que pedir las llaves en portería y viajar en un elevador que se queda corto: el último tramo –desde el piso veintiocho al treinta– es a pie. Unos cuantos peldaños más y Zeus sopla su aliento helado con la fuerza de un estornudo desde el Olimpo, desmelenando pelucas y disipando toda magia. El edificio se angosta y termina en punta. La panorámica –un vistazo en derredor alcanza para abarcar toda la ciudad– es espectacular. Pero debió serlo aún más cuando no había competencia, antes de que el complejo Catalinas del Norte, el espeluznante Rulero de Retiro y otros monstruos urbanos devorasen el horizonte. Ahí arriba, sobre esa breve superficie, se apiñaron los once testigos del platillo anunciado por los emisarios de Ganimedes.

Los sucesos del 6 de septiembre de 1954 ya no fueron a puertas cerradas: la noticia según la cual había un plato volador en camino copó emisiones radiales, gráficas y televisivas. Los diarios llevaron el caso a las primeras páginas. “Los porteños deshojan la margarita de la duda: ¿veremos, sí o no, al plato volador?”, “Están anunciados platos voladores sobre la capital para esta noche entre las 22 y 24 hs” dudaban o informaban el 6 de septiembre los diarios *La Razón* y *Crítica*. El Primer Telenoticioso Argentino entrevistaba a João Martins (1916-1998) y Ed Keffel, enviados de la revista *O Cruzeiro*. Los cronistas cariocas llegaban marcados por una experiencia que los hizo célebres. Dos años antes, el 7 de mayo de 1952, mientras rondaban la Ilha dos Amores, Barra da Tijuca, en busca de parejas para una crónica sobre el amor a orillas del mar, un disco enorme sobrevoló una montaña. Keffel tomó una secuencia fotográfica que dio la vuelta al mundo. El propio “Ingeniero” convocado en las sesiones llegó a pedir a su gente que se concentrara en esas imágenes para facilitar el acceso espiritual al corazón de la nave. Los brasileños leyeron el libro y viajaron a Buenos Aires intrigados por la profecía: “no todos los días se sabe de alguien que va a tener una cita con un disco volador” (5).

En su crónica, publicada en *O Cruzeiro*, João Martins develó un dato ausente en el libro de los contactados: “Alberto”, el médium, era Jorge Alberto, el hermano mayor. Martins presenció la trastienda del episodio. Dijo que los Duclout estaban absolutamente calmos y convencidos del pasaje del disco. El día anterior, Jorge trató de obtener una confirmación en presencia de los periodistas. Cayó en trance y transmitió un mensaje: “El pasaje no será tan espectacular como ustedes desean e imaginan. Pero valdrá como una prueba. Lleven brújulas al puesto de observación”. A Martins le inquietó su tranquilidad: a las 21 horas Jorge seguía en su casa. “Todavía tenemos más de una hora. Ellos vendrán después de las 22.30...”, le respondió.

Llegaron a la cima del Kavanagh diez minutos antes de la hora señalada. “El frío hizo de nuestras bocas chimeneas humeantes. En lo alto, la luna llena clareaba todo. Abajo se extendían las luces de Buenos Aires. En las calles y en las plazas muchos ojos vigilaban el cielo”, escribió Martins. Esa noche, aparte de los brasileños y los hermanos Duclout, estuvieron los cameraman Milo Deretich, Oscar Villa y Eduardo Martínez Delbox, la estudiante de arte Marta Green (6), los periodistas Oscar J. González Barreiro y Juan González Ormedilla y Juan Carlos Maré, funcionario del

Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (I.A.P.I.) del primer gobierno peronista.

En su libro, los Duclout dedican veinticuatro páginas de pequeños caracteres a labrar acta del suceso. A las 20.55 y a las 22.59 horas, escriben, Jorge Duclout y Juan Carlos Maré vieron en el cenit un cuerpo que dejaba una estela amarilla. “Las brújulas se volvieron locas”, afirman. Nada más sucedió hasta las 00.30 horas. Entonces, “muchísima gente vio pasar, majestuosa y lentamente, veloz y chispeante, una enorme bola de fuego, de unos cincuenta o más metros de diámetro, de un color que varió del rojo, al amarillo y al blanco, según la velocidad observada”. El libro resume así la observación de los testigos apostados en el Kavanagh: “Una esfera que emitía luz blanca (de rayo catódico), bajó vertiginosamente para luego, a unos mil u ochocientos metros, hacer un codo y salir horizontalmente en dirección Este-Sudeste y alejarse apagándose súbitamente sobre el Río de la Plata”. También afirmaron oír el sonido de un soplado suave que pareció venir del plato, “algo así como aire escapando de una válvula”. La hora se calculó por el reloj de la Torre de los Ingleses, que daba sus campanadas en ese preciso momento. Todo duró entre tres y cuatro segundos. Milo Deretich, hijo de uno de los integrantes del equipo de filmación, nunca olvidó el relato de su padre: “Se aburrieron de esperar y empezaron a levantar todo. La luz apareció cuando se iban. Él era muy escéptico. Sin embargo, vio algo que no pudo explicar. Pero pasó tan rápido que no pudieron registrar nada”, me cuenta.

Los Duclout dicen que esa noche hubo medio millar de testigos, muchos lejos del Kavanagh. Agapito Millán (1891-1966), un trabajador textil español radicado en Buenos Aires, divulgó el caso desde la revista teosófica *Sophía*. Millán luego programaría sus propios encuentros con visitantes de Ganímedes. En otro edificio, ubicado a setecientos metros del primer grupo, Millán y dos amigos vieron una esfera pálida bajando “a menor velocidad que una estrella fugaz”. Otros siete, apostados a pocos kilómetros del Kavanagh, vieron pasar “globos luminosos” en cuatro oportunidades entre las 22.30 y las 23.05 hs. En ese grupo estaba el ingeniero José Salvador Fernández (1893-1967), ex profesor de Física de la Universidad de Buenos Aires, integrante en los años veinte de la Sociedad Espiritista Constancia y presidente de la Sociedad Argentina de Parapsicología. La mayoría de los testigos ajenos al esoterismo, animados a mirar al cielo por la prensa, informaron haber visto ráfagas luminosas en distintos puntos de la ciudad. La excepción: diez vecinos de la localidad de San Martín, provincia de Buenos Aires. Durante medio minuto, observaron el paso de un objeto luminoso comparable a una fuente con tapa de treinta centímetros de diámetro visto a dos metros de distancia. “Eso no era de la Tierra ni de seres humanos”, dijeron.

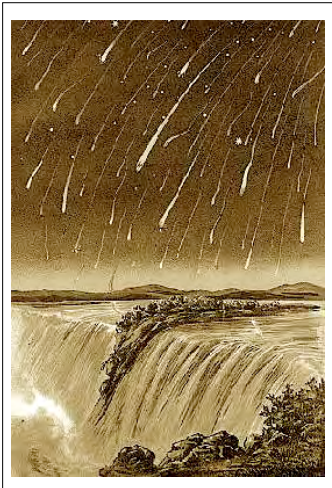
LUCES SOBRE EL ITAL PARK

¿Qué sucedió el 6 de septiembre de 1954? A más de medio siglo de la experiencia, parece difícil de determinar. Pero le pasé los datos a dos amigos, el astrónomo Richard Branham, investigador del Consejo Regional de Investigaciones Científicas y

Técnicas (CRICYT), Mendoza, y al Ingeniero Superior de Telecomunicación, Manuel Borraz Aymerich. Esa noche, según Branham, “la Luna estaba un sesenta por ciento iluminada y Marte tenía magnitud -0.9 . O sea, era el cuerpo más brillante salvo la propia Luna y Sirio, la estrella más visible del cielo. Marte estaba, además, alineado con la Luna y 4 grados al norte a las 23:00. Era una configuración llamativa y visible desde el centro de una ciudad grande, incluso con el cielo parcialmente nublado”. El paso del objeto, que “sobrevoló” el Parque de Retiro (luego Ital Park), coincide con la posición de la Luna y Marte. “Y en el dibujo que aparece en el libro, la Luna no se ve...” Otros testigos sí la mencionan. Pero Branham desconfía: “Creo que los Duclout fueron unos vivos que aprovecharon esto para anunciar que esa noche iba a pasar un plato volador”. ¿Engaño premeditado? El científico piensa que sí: “Los almanaques astronómicos se publican con dos años de anticipación, justo el lapso previo al vaticinio”. Borraz aboga por otra hipótesis: estrellas fugaces. “Las gamma-acuáridas registran un pico de actividad hacia el 7 de septiembre. Tam-



La Constelación de Perseo y lluvia de “perseidas” en el año 1833.



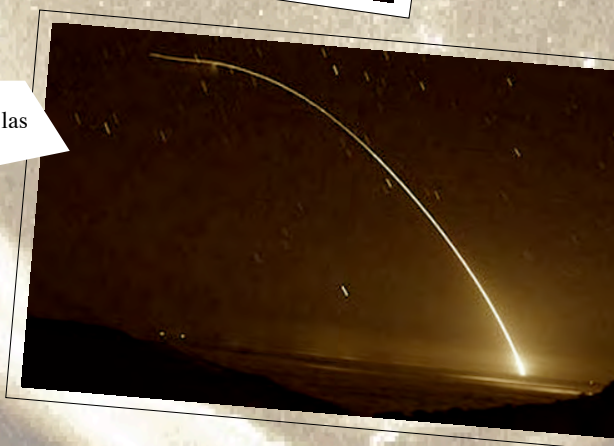
bién estaba activo el enjambre de las Píscidas, cuyo radiante se hallaba en el cuadrante nordeste”, donde se vio el “plato”. Otros testigos refirieron luces más lentas y duraderas. “Pudieron ser aviones”, arriesga el investigador español. Puse en contacto a ambos para ver si llegaban a un acuerdo. No hubo modo. Branham afirma que los meteoros son difíciles de ver en la ciudad y destaca el contexto social, que es el de una predicción que predispone a observadores poco avezados a ver “cualquier cosa” en el cielo. Borraz, por su parte, asegura que la confusión con la Luna y Marte “no se sostiene en lo más mínimo” (7).

Para los hermanos Duclout, la puntualidad de la cita prevista en las sesiones mediúmnicas legitimaba el contenido del libro. Puede que la expectativa favoreciera a que los observadores se deslumbraran ante el menor fenómeno luminoso sospechoso. Los testimonios “independientes” fueron, invariablemente, recogidos por los

El radiante de las Leónidas cuya actividad es periódica e imagen de una lluvia estelar.



“Estrella fugaz” de las Leónidas.



IMAGENES

propios interesados. Un párrafo casi imperceptible del libro abre una puerta inesperada: durante la última sesión, cuando Jorge invitó a su séquito a concentrarse en un plato volador para dialogar con el comandante, les pidió que entraran mentalmente en la nave fotografiada por el brasileño Ed Keffel cuatro meses antes (8). Al tiempo, se supo que esas fotos eran fraudulentas. Si el grupo se hubiera concentrado mejor, hubiera debido visualizar el interior de una maqueta (9).

ABUELITO, DIME TÚ

Ahora bien, ¿quién diablos era el “Ingeniero de talento”? Un aficionado al psicoanálisis y un guionista de filmes de ciencia ficción clase Z responderían a dúo: “¡El padre!” Los amantes de ambos géneros no se desilusionarán. Efectivamente, el espíritu desencarnado que viajaba por el cosmos para revelar “Información Universal”, en este caso sobre el yermo Ganímedes, era Jorge Duclout, padre de Jorge Alberto, Napy y Georgina. “Así es”, revela Kittl. “El Ingeniero era mi abuelo”. Un día se lo preguntó directamente a Napy y se lo confirmó: “Y además, cuando el tío Jorge está en trance, habla con la voz del abuelo”, subrayó.

El ingeniero Jorge Duclout desembarcó en la Argentina en 1886, cuando el espiritismo era el culto de moda entre los intelectuales progresistas europeos. Pablo Kittl no sabe si Don Duclout creía en los espíritus. Pero falleció antes de que Jorge y Napy empezaran a celebrar aquellos encuentros para traer a la Tierra la voz de los muertos. ¿Cómo surgió la vocación espiritista de ambos? Tal vez, por oposición al mandato materno. Valentina Brun creía en espíritus, pero los consideraba demoníacos. Para Kittl, las ideas de su abuela provenían de su estricta formación católica. “¡A ver si dejan tranquilo al viejo de una vez!”, decía. Si no creyera que el espíritu sobrevivía, no hubiera dicho eso”.

El sobrino que les sobrevivió nunca participó en aquellas sesiones. Pese a sus súplicas: Pablo añoraba al ingeniero. Pero su madre Georgina, siempre al margen de tales prácticas, se lo tenía prohibido. Quizás, aconsejada por Valentina. “Para mi mamá –recuerda– esas reuniones con el abuelo como intermediario eran casi satánicas. Después del trance, Jorge sentía unos dolores de cabeza que le duraban dos o tres días, y tenía que quedarse en el dormitorio a oscuras hasta que se le pasaran”. Kittl rechaza la opinión de Branham: “Hay quienes lucran con eso, pero mi tío era un espiritista altruista.”

Tal vez, la inquietud de los Duclout empezó lejos de las creencias familiares. A comienzos del siglo XX, el espiritismo fue un flechazo cultural que atravesó a grandes científicos. Lord Kelvin (1824-1907), Alfred Russell Wallace (1823-1913) y William Crookes (1832-1919) creían posible la comunicación con el más allá. Kittl Duclout cita el caso del matemático ruso-argentino Misha Cotlar (1912-2007), un autodidacto genial que fue el primer profesor full time de la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires. “Un compañero suyo, que como él era miembro de la Sociedad Espiritista Argentina, me contó que en una sesión la mesa se movió. ‘¡Misha, tú la moviste!’”. Cotlar, con su fuerte acento ucraniano, respondió: ‘Estas cosas son como los autos, ¡hay que cebarlas para que funcionen!’”. Kittl

ignoraba que el espiritismo de Cotlar era –hasta que nos lo reveló– otro misterio profano.

Jorge Alberto Duclout, el canalizador del primer grupo espiritista argentino que interfirió con médiums de otros mundos, también fue un enamorado de la ciencia. Su hermano Napy, un escritor y cineasta apasionado por el conocimiento, no le fue a la saga. Valentina y Georgina, enemigas íntimas de esos experimentos espirituales, creyeron que los contactados jugaban con entes endemoniados. Durante esas noches alucinantes, Jorge y Napy revivían a su finado padre para que les *bajara* información sobre un satélite lejano, hablara de odiseas interplanetarias e incluso les diera la fecha de una catástrofe mundial. “En nuestra casa estaba como el espíritu de mi abuelo”, deslizó Kittl durante la charla. ¿Fue un lapsus? Quién sabe.

La metáfora, en todo caso, es perfecta.

NOTAS

1) Duclout, Jorge y Napy. “Los Platos Voladores- Único Documento Confirmado sobre el Origen, Estructura y Destino de los Platos Voladores” (1956), América Técnica y Editorial Jorge Duclout, Buenos Aires.

2) Comunicaciones de Pablo Alfredo Kittl Duclout con el autor (Santiago de Chile, 22-08-05 y 21-11-06). Biografía completa disponible en: <http://cabierta.uchile.cl/~cabierta/revista/27/profesores/pkittl/pkittl.html>

3) Zulaga, Angel María; “La victoria de las alas” (1948), El Ateneo, Buenos Aires.

4) Sarlo, Beatriz; “La imaginación técnica, sueños modernos de la cultura argentina” (1992). Ed. Nueva Visión. Ver “Divulgación periodística y ciencia popular” P. 73.

5) Martins, João. “Na Esteira dos Discos Voadores”, parte II: Plato volador sobre Buenos Aires, en O Cruzeiro, Río de Janeiro, 09/10/1954. También en Martins, João “As Chaves do Misterio” (1979), Biblioteca Ovni Documento, Hunos Editorial e Cinematográfica Ltda.

6) La búsqueda de Marta Green me llevó hasta la contactada homónima que cierra el libro.

7) Comunicaciones entre Richard Branham, Manuel Borraz y el autor (del 09/93 al 06/94).

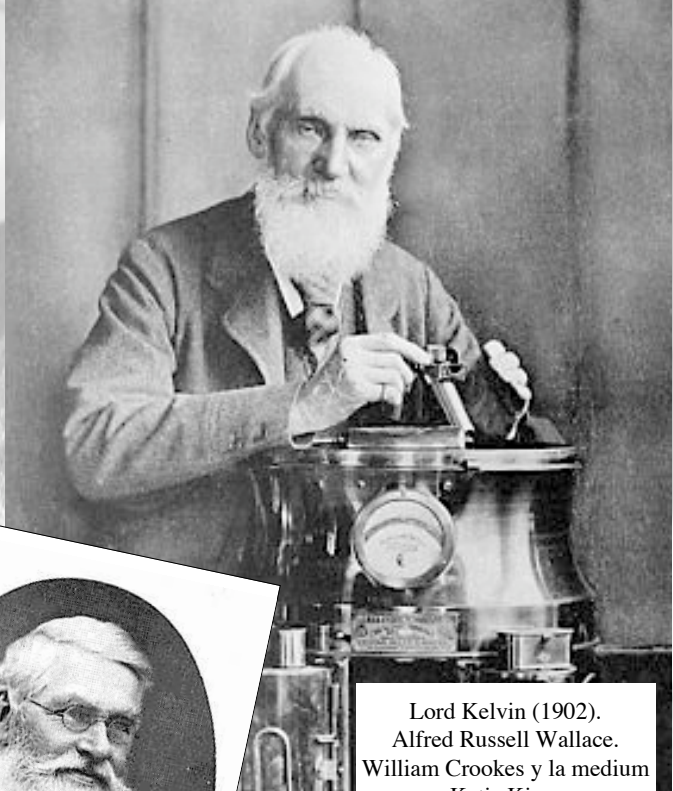
8) Duclout, Jorge y Napy. Op. cit. P. 115.

9) Covo, Claudeir y Lucherini, Paola. “O caso Barra da Tijuca”. Disponible en: http://www.infa.com.br/o_caso_barra_da_tijuca01.html

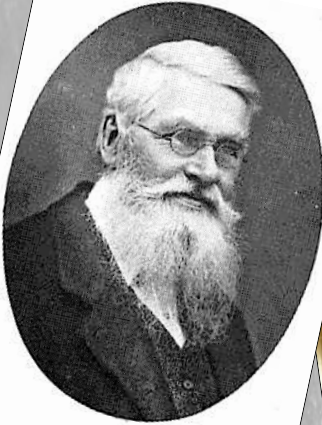
(*) Segundo capítulo de *Invasores. Historias reales de extraterrestres en la Argentina* (Sudamericana, 2009). Exclusivo para Cuadernos de Ufología.



IMAGINES



Lord Kelvin (1902).
Alfred Russell Wallace.
William Crookes y la medium
Katie King.



Alfred R Wallace

